

JESUS ANGEL SANCHEZ MORENO – 24 de octubre de 2025

Con Fuji X100 VI

(La complicidad)



La complicidad

Como todo fotógrafo yo le pido a mis cámaras toda una serie de elementos variados que abarcan desde la calidad que ofrecen, tanto en la máquina como en los resultados que se obtienen con su uso, hasta aspectos puramente estéticos, su belleza. Por supuesto que el precio también cuenta en la medida en que uno busca una relación calidad / precio adecuada y una adecuación de ese precio a pagar con las posibilidades adquisitivas que uno tiene.

Pero hay una exigencia de la que se habla menos: la complicidad. La primera de las acepciones que recoge el DRAE para la palabra *cómplice* es “*Que manifiesta o siente solidaridad o camaradería*” Pero si quiero concretar más esto puedo acudir a los sinónimos que la RAE contempla para *cómplice*:

colaborador, copartícipe, coautor, compinche.

Los tres primeros aluden a que esa cámara se preste a facilitarte la consecución del objetivo perseguido o, lo que es lo mismo, que cuando te sientes frente al ordenador para contemplar las fotografías realizadas puedas sentir la satisfacción de ver en ellas esa mirada, tú mirada, que anhelabas en el momento de disparar tras haber encuadrado eso que es el objeto de tu mirar. Puedo expresarlo de una manera más sencilla: que entre la foto recién descargada en el ordenador y la foto una vez trabajada en el programa de retoque (laboratorio digital) el proceso no implique demasiado tiempo ni tantas acciones que busquen mejorar lo que no te acaba de satisfacer del todo. Para mí, en el proceso de edición fotográfica, sí que vale la máxima tan manoseada de *menos es más*.

Pero prestad atención al último sinónimo: *compinche*. Me encanta. Y sí, quiero sentir que la cámara es mi compinche. Acudamos a los sinónimos de esta palabra. Me quedo con:

amiga, camarada, compañera, colega.

Tal vez os parezca una estupidez esto que estoy diciendo, una melonada; pero habéis de saber que para mí una cámara fotográfica es mucho más que una mera herramienta. Hay herramientas muy buenas, pero no siempre te sientes a gusto trabajando con ellas. Los motivos son tantos y tan subjetivos que no voy a detenerme en detallarlos. Pero creo que se me entiende.

A lo largo de mi vida como amante y practicante de la fotografía (un largo tiempo que empezó a dar sus primeros pasos allá por 1974) he tenido diferentes cámaras. Bastantes. De marcas diferentes. He usado Nikon, Canon, Sony, Panasonic Lumix, Leica y Fuji. Con Nikon, Leica y Lumix la relación ha sido buena. Con Canon también, aunque con altibajos. Con Sony, la verdad, es que han habido algunos desencuentros. Con Fuji, sinceramente, siempre he disfrutado. Desde la primera, la X T1, a la que luego seguirían sus hermanas T3, T5 y más tarde la XH2 mi experiencia ha sido feliz, dichosa. Es cierto que con mi primera Nikon, una EL de segunda mano, y por razones sentimentales he de hablar de complicidad; pero si han habido cámaras compinches, copartícipes, amigas y colaboradoras, cómplices estas han sido todas las Fuji que he nombrado. Bellas, sólidas, tecnológicamente precisas y, sobre todo, que ya en la era digital me permitían seguir sintiendo el mismo placer, la misma magia que sentía en los tiempos de la foto química. Siempre se cita un aspecto de Fuji, el incorporar la simulación de sus películas químicas, algo que no es un capricho de la marca sino un sello de marca y una fidelidad a su historia. Yo llegué a Fuji cuando esta aún no estaba presente en el mercado de las cámaras, pero ofrecía unas películas maravillosas. Me entusiasme, por ejemplo, con Velvia y esos colores que ofrecían belleza y magia. Siempre que he tenido una Fuji esta ha sido mi primera cámara normalmente acompañada por otras dos o tres cámaras de otras marcas. Y la razón es la misma que podría argüir para explicar por qué uno desea compartir momentos con determinadas personas.

Mi presente.

Empezaré señalando que antes de adquirir mi última Fuji, la X100 VI, mi equipo fotográfico estaba formado por la Nikon D-850 (poderosa Réflex), la Fuji XH 2 (me maravillaron sus avances técnicos traducidos en una mayor complicidad que con las anteriores Fuji) y dos cámaras pequeñas, compactas, para esos momentos en los que quieres ser una mirada muy invisible o para llevar en un bolsillo y, por esta portabilidad, poder ser la segunda cámara en aquellos proyectos que implicaban un viaje. Estas dos pequeñas eran una Sony RX100 V y la Leica D-Lux (esta por su gran luminosidad y por la calidad de Leica que no es un mito sino una realidad)

Soy fotógrafo, pero decidí, y creo que acerté, que la fotografía no sería mi medio de vida sino mi modo de vivir la vida. Vivir de la fotografía implica someterte a la lógica de los encargos y, la verdad, aunque he hecho algunos estos solo han servido para ratificar que nada mejor que ser tú el que decides,

el que eliges, el que haces... Pero desde ese 1974 mi pasión por la fotografía no ha hecho sino que crecer. Pasión, y cuando usamos este término no estamos hablando de simple hobby o capricho. He publicado los libros que yo mismo me he encargado. He desarrollado proyectos que yo mismo he imaginado. Así que tuve que ganarme la vida de otra manera: ejerciendo la docencia en lo que antes se llamaban Enseñanzas Medias y luego Secundaria como profesor de Ciencias Sociales y de Comunicación Audiovisual. Os aseguro que, sin forzar las cosas en modo alguno, la fotografía siempre estuvo presente en mi trabajo en el aula y con resultados más que satisfactorios. Luego me jubilé y como ocurre si la salud y la pensión te acompañan me convertí en millonario en tiempo: días que eran mis días. Decidí que a la par de proyectos fotográficos concretos y de algún encargo al que no podía negarme podría hacer realidad una vieja idea: intentar mirar mi ciudad con nuevos ojos, con una nueva mirada; la mirada de eso que en el XIX los franceses llamaron *flâneur*. Todas las mañanas salgo a la calle con alguna de mis cámaras. Me muevo siguiendo el principio ideado por los Situacionistas llamado *deriva*. Soy la mirada que nomadea por calles y plazas, entra en portales y en museos y fotografía.

Fuji X100 VI

Los años pasan y pesan. Mis cámaras, sea la Nikon D-850 o las Fuji, tanto la XT5 como la que ahora tengo, la XH2, potentes, la primera con un objetivo zoom que llega a 300 mm y la segunda con dos objetivos -uno de ellos un tele de 200 mm-, eran las que me acompañaban. En ocasiones tomaba las pequeñas; pero me sentía más seguro con las grandes. Es cierto que si tenía que hacer algunas fotos que requerían la seguridad de poder trabajar sin flash y moverme sin molestar por un espacio lleno de gente -inauguración de una exposición, representación de un espectáculo teatral- cogía la Leica D-Lux.

En los viajes igual: una de las grandes y una de las pequeñas. Mochilón. Y, como digo, los años pasan y pesan y el mochilón cada vez pesa más y, poco a poco, casi sin darte cuenta empiezas a espaciar los días de salir a ser la mirada.

Yo conocía por referencias la Fuji X100 V. Se decían maravillas. Era una cámara buscadísima. Pero pensaba que no era una cámara para cubrir todo el campo de intereses que me mueven en el terreno fotográfico, un campo amplio. Y en esas empecé a hablar de la hermana o de la hija de la V, la X100 VI. Una vez más las críticas eran excelentes. Seguía dudando, sobre todo porque en mi ciudad no hay una tienda especializada en fotografía que me pudiera permitir tener una de esas cámaras en la mano, incluso disparar con ella. Es lo malo de algunas ciudades: o compras por Internet o tienes un contacto en una tienda

especializada en otra ciudad a la que acudir para que te dejen probar una o la encargas a ciegas en el Corte Inglés o la FNAC. Al final decidí aventurarme. Tampoco es que me diera miedo porque ya he hablado de mi prolongada y hermosa relación con Fuji. Me deshice de la Sony RX 100 y compré la Fuji X100 VI.

Hace ya unos cuantos meses que la tengo. Hace ya unos cuantos meses que no puedo salir a la calle sin llevarla conmigo. Retomar las *derivas*, retomar ese deambular de la mirada. Incluso en los viajes puedo, si quiero, prescindir de las dos grandes sin que me ocurra lo que en otras ocasiones en las que, tras haber decidido dejarlas en casa porque el viaje invitaba a aligerar equipaje, acababa maldiciendo el haber tomado esa decisión. Ya he dicho que con todas las Fuji que he tenido he encontrado esa complicidad que le pido a una cámara. Ya he dicho que también siento esa complicidad con la Leica D-Lux. Incluso reconozco que me gusta escuchar el sonido del obturador de la réflex Nikon D-850. Pero ahora puedo afirmar que hasta el momento el grado de complicidad que obtengo con la Fuji X100 VI es inigualable.

Cómo explicaros

Cuando decidí escribir esto tenía muy claras dos cosas: no quería hacer una revisión crítica de la cámara desde sus cualidades tecnológicas porque esto ya lo han hecho antes otras muchas personas sin que yo pudiera añadir nada nuevo; no quería escribir ni para fotógrafos profesionales ni para esos llamados amateurs con más que sobrada capacidad. ¿Quién me gustaría que fueran los destinatarios de estas palabras? Me hago la pregunta y tengo dos respuestas, dos perfiles. En primer lugar aquellas personas que, sobre todo por desconocimiento, aún no han tenido en sus manos una Fuji. Reconozco que me parece que esta marca se equivoca al no intentar captar a un mayor número de gente, no sé si es parte de una filosofía que apuesta por, como hacen otras marcas de prestigio –véase Leica–, convertirse en la cámara para un selecto grupo de elegidos; pero pienso que es una lástima que haya tantas personas con una cámara en su mano que, a lo mejor, ni siquiera conocen a Fuji o que les suena porque en tiempos compraron películas de la marca del monte mágico. El segundo de los perfiles tiene que ver con algo que ya he dicho: la jubilación te hace rico en tiempo siempre que salud y economía te lo faciliten; en mis caminatas veo a muchos jubilados –más hombres que mujeres– con su mochila y la cámara al cuello, una Nikon, una Canon, a veces una Sony, cámaras réflex o las *mirrorless*, grandes, con su zoom 18-200 mm o parecido. Miro a estas personas que comparten conmigo... edad y pienso cuánto tiempo tardarán en

ir demorando los paseos con cámara, primero dejándola para los viajes y luego, cuando aquí también el tamaño y el peso molestan, cambiándola por el smartphone. Sí, claro, ya sé que con un smartphone también se toman fotos; pero no es lo mismo.

Y es en ese momento en el que considero que si pudieran conocer la Fuji X 100 VI y ver lo que esta cámara te permite hacer no dudarían en unirse al club de fujistas enamorados de este modelo. ¿Pero cómo explicarles? Es bella, sí; y sólida, sí; sus cualidades técnicas son más que sobradas... ¿Y en qué baso la complicidad, en su portabilidad? Ciertamente, la portabilidad es un punto a su favor, algo que ayuda a establecer esa complicidad entre ella y yo. No siento su peso. No me acaba molestando al cabo de hora y media. No cargo mochilón. Pero esto por sí mismo no sería suficiente. De todas las cosas que se me ocurren como campos fotográficos solo considero que no le sería de ayuda a quienes aman fotografiar fundamentalmente pájaros y aves o a quienes gustan de safaris, también tiene sus limitaciones para la fotografía deportiva cuando uno busca captar primeros planos de eso que ocurre en una zona alejada de donde uno se encuentra y para la astrofotografía. Y ya. Para lo demás..., perfecta. Fotografía de calle, fotografía de viaje, paisaje y flora, arquitectura, retrato, gastrofotografía, foto de celebraciones y para eventos deportivos en determinadas circunstancias... Para todo esto es perfecta. Lo es, y lo es porque es una cámara que te va a dar mucho, que te va a permitir obtener resultados muy buenos sin tener que invertir mucho tiempo en su edición, que incluso te permite editar la foto en la misma cámara, subirla a la aplicación del smartphone con el que está en conexión y enviarla rápidamente.

Pero, sobre todo, su complicidad radica en que ella no te anula como fotógrafo, no eres ese tipo al que aludía Kodak en sus inicios, el de *“usted límitese a apretar el disparador y déjenos el resto a nosotros”*; **con la Fuji X100 VI nunca dejo de ser el autor, el creador, la persona que toma las decisiones aunque dispare en automático.** No se trata solo de elegir cómodamente el ISO o de optar por el obturador mecánico o por el electrónico. Puedes elegir entre un visor electrónico –como el de todas las cámaras digitales– o un auténtico visor óptico –el clásico de la fotografía–; por supuesto puedes elegir sin dilaciones el tipo de película que quieres usar y la *receta* que decides para ese momento –puedes configurar y memorizar varios tipos de recetas con sus características prefijadas–; y sí, tiene un objetivo fijo equivalente al 35 mm de la fotografía analógica, pero gracias al sensor de 40 megapíxeles puedes realizar dos acercamientos –recortes que no afectan a la calidad de la foto y te aproximan el sujeto– que te llevan hasta un 70 mm y así es como si llevaras en un objetivo pequeño y luminoso (f 2) tres objetivos. Y por supuesto podrás elegir si quieres disparar una

ráfaga o sin desear ampliar el rango dinámico o si quieres conseguir una foto partiendo de dos exposiciones superpuestas. Su pantalla trasera es perfecta para encuadres discretos, esos que se obtienen disparando desde la cintura para pasar más desapercibido, al funcionar como un excelente visor y como la pantalla es táctil podrás, además, seleccionar la zona de enfoque con precisión absoluta. Y se pueden programar toda una serie de accesos rápidos a las funciones que más sujetas a cambio puedan estar: la medición de la exposición, el tipo de película, la activación del filtro ND (densidad neutra) o su desactivación, ajustar el enfoque para detectar personas, aves, perros o gatos, coches, aviones...

Parece un trabajo enorme, continuamente tomando decisiones. No lo creas. Yo trabajo sobre todo foto de calle, captura de instantes fugaces que no te permiten invertir tiempo para decidir, y aún así, tomo decisiones. Eso sí, la complicidad de la cámara se traduce en recuperar ese tempo tranquilo, disfrutón, tempo de mirada serena.

Suelo trabajar obteniendo dos archivos en cada disparo: un jpeg y un Raf (o Raw) El primero nace fruto del trabajo de la máquina y de su procesamiento de imagen ajustado a las características que hemos elegido. El segundo es el negativo digital. En el caso de la FujiX100 VI el trabajo de procesado que hace la cámara es en muchas ocasiones tan excelente que uno tiene la tentación de obviar el Raf. Pero sobre todo tiene interés tener estos dos tipos de archivo cuando te has servido del giro del objetivo para convertir el 35 mm en un 50 o en un 70 mm. Contemplas los dos archivos y mientas que el jpeg te muestra el recorte hecho, el Raf te ofrece la imagen sin aplicar el recorte. Dos por uno. Y de nuevo, uno es el que elige: me quedo con los dos u opto por una de ellas. Si se elige el Raf uno se asombra de que el procesado que ha de hacer en el programa de edición que utilice, por ejemplo Camera Raw, no implica una excesiva inversión de tiempo. El bruto ya está tan cerca de ser eso que uno veía cuando miraba que resulta sencillo obtener el resultado deseado con unos ajustes mínimos. Ese *menos es más* al que vengo aludiendo.

Me he extendido demasiado cuando lo mejor es ver los resultados. En mi web ofrezco una serie de ejemplos y pronto estará disponible un vídeo dirigido a ese grupo de personas amantes de la foto a las que les empieza a pesar el mochilón. No exagero cuando digo que **el uso de la Fuji X100 VI me ha devuelto por completo al tiempo de la fotografía analógica cuando todo era más sosegado, cuando uno no tenía miedo de acercarse a eso que era el sujeto a fotografiar. Pasear con la cámara en la mano o colgada al cuello, pero siempre a punto para ser usada en cuanto la vida que transcurre te ofrece un encuentro con magia.**

Hasta tal punto me ha seducido que si ahora tuviera que optar por la Leica Q3 o por la Fuji GFX100 RF no dudaría en decantarme por esta. Un sueño que, esta vez sí, se enfrenta a la dura realidad de los precios de una y de otra para ser un sueño imposible.